

colmada entonces de poetas; el advenimiento de la II República en los esteros de Rota son tramos de la vida de nuestro autor, recordados con emoción y melancolía en un libro imantado siempre por la aguja del futuro.

Sería injusto inferir de este perfil una Andalucía al servicio del poeta, como cantera de experiencias literarias e intransferibles. Ninguno de los autores que nos acompañan en este breve ensayo goza de una más acreditada fama de artista comprometido con algunas de las causas más esenciales de su pueblo. Pero si una infirrencia tabicada exclusivamente en el terreno más personal e intransferible sería, como acabamos de decir, inexacta para ese adecuarse con la realidad, la deducción de que el poeta va a ser su solar natal un poco ahistóricamente como una reserva de belleza y enjundia vital para la larga jornada que la Humanidad aún debe recorrer, si lo es. De ahí que no exista en toda la remembranza argentina la menor alusión o referencia al continente americano o a cualquier tema que conecte a Andalucía con el resto del mundo. Aquella Andalucía de la desembocadura del Guadalquivir, cuna de propagadores de sus caldos por todos los países de Europa de la primera parte de las Memorias, se convertirá en la segunda en una Andalucía enclaustrada a semejanza de la muchacha ruteña, preservada en el alcohol del tiempo de contaminaciones perniciosas. ¿Al pintarla así se operaba en la mente del autor de *Marinero en tierra* un mecanismo defensivo, típico en casi todos los libros de recuerdos, que buscan inconscientemente la detención del tiempo en las horas de plenitud de sus redactores? El verso unamuniano situado en el frontispicio del libro en cuestión fundamentará tal vez una interpretación de esta índole. Sea ello lo que fuere, la Andalucía del Alberti bonaerense es una Andalucía de carne y hueso, pero recreada por un poeta que en el fondo y por encima de opciones políticas e ideológicas cree que el hombre está hecho de la materia de los sueños.

Como suele suceder —¿razones de número?, ¿de imagen literaria?, ¿de accesos y vías de transporte?, ¿de la influencia mítica del Guadalquivir?...— la Andalucía oriental ha quedado descolgada de este modesto trabajo de aproche. Por fortuna, viene en nuestro auxilio, para remediar tan grave falla, una figura con la que sus coterráneos hemos sido aún más injustos de lo que nos es propio. Traductor, prosista, pintor, memoriógrafo, escultor, hombre de letras, en fin, en todo el cabal sentido de la expresión, fue José Moreno Villa (1887-1955). Llevado de su común identificación artística, un reputado catedrático murciano de nuestros días ha considerado su *Vida en claro* como el mejor libro de memorias del siglo XX. Patente exageración explicable por la vecindad de la cuna del citado profesor con nuestra tierra... Pero sin duda una de las evocaciones más estremecedoras y cristalinas de las letras hispánicas. La Málaga finisecular que sabemos por la historia estremecida y convulsionada por las sacudidas de la crisis de la filoxera que allí golpeó más duramente que en ningún otro suelo meridional, emerge de sus remembranzas como una grácil dama coronada por todas las excelencias a la que se debe rendir culto idolátrico. Desde la altiplanicie mejicana el escritor reconstruye las jornadas de su infancia y adolescencia con sensibilidad táctil, olfativa y visual, sin parangón tal vez con ninguna otras remembranzas de nuestra literatura. Para este transterrado, Málaga corona la plenitud marítima de Andalucía. La solidaridad con las viejas culturas de Sidón y Tiro, de Corinto y Siracusa y con las nuevas de Amsterdam y Hamburgo, de Londres y San Francisco, en ningún otro punto de Andalucía tiene mejor observato-

rio que en el malagueño. Europeísta a ultranza por biografía y educación, el pasado musulmán está en él acaso más presente que en ningún otro andaluz de su generación. Continuas serán sus invocaciones a la herencia y el legado de Al-andalus, proyectándolo incluso en algunos momentos a un plano biológico. En el reloj andaluz la hora de la presencia musulmana quedó grabada con penetrante buril y es de bien nacidos recordarla con agradecimiento y asumirla con sus luces y sombras¹⁷.

Pero el discurso andaluz de Moreno Villa anda poco por tales roderas. Su Andalucía es probablemente la más íntima y personal de todos los autores y escritores de que hemos dado noticia. Es una Andalucía, sobre todo, de animales y de cosas. Al describir unos y otras su pluma parece movida por el mismo resorte y sensibilidad que accionará la de otro gran prosista y poeta malagueño, el antequerano José Antonio Muñoz Rojas¹⁸. Al ocupar voluntariamente este terreno, su visión andaluza es estática, pero Moreno Villa deslindaba bien la literatura y la política. El compromiso con su tiempo y sus coetáneos lo reservaba a otras esferas alejadas de la recreación poética. Mas no por ello la imagen de nuestra tierra diseñada en su obra se nos aparece deformada o falsa. Existió —¿existe aún?...— la Andalucía de Moreno Villa¹⁹. Tuvo palpito, aliento e incluso cronología notarial. En medio del conflicto de la lucha de clases y de los antagonismos fratricidas cantaban las mozas y las viejas discursaban con ingenio y donaire, los «castelares» discursaban, el cura y el boticario platicaban a la vera de la fuente requiebaban los mozos a las mozas y el dios Pan tocaba la siringa. Ni su música, ni la de la armonía preestablecida que parecía acunar la marcha por la historia de la Andalucía finisecular —la de los ecos de la Mano Negra y del asalto a Jerez, la de los jacqueríes, la de la opresión y exilio de los campesinos—, adormecieron la conciencia social de Moreno Villa, que tomó claro partido contra la injusticia y la inercia. Pero desde la meseta del Anahuac, de la Andalucía, *de su niñez y mocedad*, se le representaba como una tierra paradisíaca donde habitaba la belleza²⁰.

Los científicos sociales, antropólogos, sociólogos, historiadores y gentes de jaez semejante pueden que tal no lo constaten; los poetas sí. Y el poeta quiso ser y fue Moreno

¹⁷ *La más reciente, y acaso también, puntual noticia de esta incursión cordobesa del poeta gaditano es la debida a MAJADA NEILA, J., «Alberti y Rute», Inbaco, 5 (1984), 57-66.*

¹⁸ *«En el último año de estudios de bachillerato nos llevó el profesor a un lugar muy cerca de Málaga, a 6 ó 7 kilómetros, y nos mostró unas ruinas fenicias, unos muros en el suelo que no nos decían nada. Pero él nos explicó que eran restos de fábricas de salazón. Este primer contacto del niño con la historia viva le llegó muy hondo. El niño pensó en los siglos que Málaga llevaba viviendo o en parte de lo que sacaba del mar. Comprendió que el mar es riqueza, más riqueza que una mina de oro, por ser inagotable. La mirada interna del niño se fue hacia un pasado más lejano aún, hacia los primeros hombres que sentaron el pie en las playas de Málaga. Y tuvo la primera impresión de la continuidad de la vida. Años después, viendo estatuas fenicias y romanas, volvía sobre aquella impresión y consideraba las figuras como reales antepasados suyos, como parientes lejanos que habían luchado con el mar y con los hombres en aquel pedazo bellísimo de tierra que se nombra Málaga.*

Tierra vieja, de muchas civilizaciones, de mucho flujo y reflujo. Si escalaba las ruinas de la Alcazaba para divisar el mar desde lo alto, me inundaba el cuerpo una sensación de lejanía y de hundimiento, una verdadera inhibición, tan sabrosa como caliente. Pensaba en los moros que se pasearon por estas callejas y se asomaron a estas mismas ventanas cuando todavía no existía la saliente de tierra en que se afincó mi casa. Y pensaba que también aquellos moros dejaron sangre en la ciudad y que alguna gota de ella corre por mis venas» MORENO VILLA, J. Vida en claro. Autobiografía. Madrid, 1976, 44.

¹⁹ CUENCA TORIBIO, J.M., *Semblanzas andaluzas (Galería de retratos)*. Madrid, 1984.

²⁰ *Cfr. cap. III de MORENO VILLA, J., Vida en claro...*